

LAS MANOS DE DIOS

Un intenso perfume a angélica y lirios invaden donde me encuentro. No quiero que por ahora imaginéis nada, sólo sabed que soy un ser sobrenatural, inmaterial, cuyos deber es asistir y servir a Dios. Me hallo en un lugar intangible o poco definido y, a la vez, sutil, sublime. Y aparte de lo que supongáis, voy a contaros lo que resultó para mí tener el privilegio de bajar a la tierra por vez primera.

Deseamos en ocasiones algo, con tanta fuerza, entusiasmo y ganas que, cuando lo obtenemos, desaparece de inmediato ese interés, al igual que la fina arena entre los dedos; quizá porque esperábamos otras expectativas. Algo parecido, digamos ,me ocurrió a mí. No fui un alma buena que Dios obsequiase con ser inmortal. Tampoco fui llevado a la gloria para quedarme entre querubines. Simplemente aparecí, como tantos otros. Y aunque sentimos que todos tenemos el mismo fin, cada uno sabe su cometido. Nos tiene destinados a una misión especial a cada uno de nosotros y debemos acatarla como se nos sea dada. Bien sea de guarda, para custodiar a un inocente o de luz, para iluminar el camino de un alma perdida. Ya sabéis de qué os hablo. Los ángeles no envejecemos. Transcurre el tiempo como los árboles en otoño, que aunque quedan desnudos y parecen enfermos, siguen llenos de vida y, quién sabe, quizá florezcan aún más bellos en otro tiempo.

Somos conscientes de lo que es el amor, del odio, de la traición, pero no lo sentimos. Dominamos esos sentimientos, como una coraza de hierro que protege el corazón en las batallas más difíciles. Sabemos de ahí abajo, historias que llegan hasta nosotros y

nos parten el alma y nos roban el corazón. Pero comprendemos que para esas personas no era su momento ni para nosotros el nuestro. Observamos, impasibles, al tiempo transcurrir. Los años van aflorando en ellos. Debe resultar triste, como deteriora, borrando recuerdos y deseando una nueva oportunidad de vivir y hacer las cosas mejor. La muerte es más universal que la vida, todos mueren, pero no todos viven. Hay quienes bajan y se sienten satisfechos de cuanto ayudan... otros no.

Bendecido es el que no espera nada, porque nunca será decepcionado; pero Dios me dio la oportunidad de ver a través de sus ojos e iluminar oscuros caminos, como inquietas luciérnagas. Entonces, para que me entendáis, me hizo mortal durante dos días.

Aquella mañana, el sol brillaba más que nunca, pues tenemos el mismo sol aquí. No me preguntéis por mi indumentaria, pues no os la sabría decir. Bajaba mi vista y no había cuerpo. Fue repentino. De pronto, me encontré en una esquina, un frío y ventoso día; como cuando despiertas una mañana y no recuerdas como llegaste a la cama. Claro que, son suposiciones, pues aquí no dormimos. Tampoco os sabría decir con qué apariencia bajé al mundo terrenal... Si la de un hombre, mujer o si sobresalían dos enormes alas de mi espalda. Lo que sí recuerdo es la sensación de saber que alguien me esperaba para ser su luz, su guía y comencé a buscar.

Era extraño, pero las calles no me resultaban familiares. A simple vista, era una ciudad normal, con sus comercios, sus estacionamientos, su parada de autobús y su carril bici. Pero no había nadie, a mis ojos, no había nadie. Entonces, me percaté de una figura a lo lejos, al final de una recta calle que desembocaba en una antigua plaza, rodeada de árboles y bancos de piedra. Me acerqué tímidamente y no sé por qué lo hice, pues sé que nunca sería visto, solo sentido, como la suave brisa a comienzos de verano.

Era una mujer joven, esbelta, de cabello claro. Tenía la piel blanca pero su pálida cara resaltaba aún más. Dejaba caer su delgado cuerpo sobre la pulida y fría piedra. Sus ojos

eran oscuros, sin brillo alguno, hundidos y tristes. El aire acariciaba su pelo y éstos se enredaban en la comisura de sus labios, en sus pestañas...Y no sentía ningún atisbo de molestia. Su juicio y su pensamiento no estaban con ella. Me dí cuenta de inmediato que lo daba todo por perdido. Indagué en su pensamiento y pude ver, a modo de película, su vida. Una niña feliz, una mujer de bien, una esposa y madre entregada...y una decepción. Nada duele, envenena y enferma más que una decepción. Porque es un dolor que procede siempre de una esperanza que se desvaneció, una derrota que nace siempre de una confianza traicionada, desde algo o alguien en lo que creíamos. Entonces la arropé con mis brazos o quizás mis alas...Y sentí que descansaba. Para ella, sus días eran noches y noches fueron sus días. Pero una mañana, de esas que se le antojaban eternas, recibió una llamada, se quedó escuchando y rápidamente se puso a correr. Corría y corría, y sus lágrimas se evaporaban en el espacio. Llegó a donde se le parecía eterno y encontró a su pequeña que sangraba por una caída accidental. Ahí comprendió que siempre hay un mayor dolor del que puedas estar sufriendo. Que tenemos un tiempo para cada cosa y caemos en el error de pensar que el tiempo lo cura todo. Pero él también destruye, corroe y cambia a las personas. Tiene prisa, por eso es importante cada segundo. Y allí se quedaron abrazadas, más unidas que nunca y yo entonces, desaparecí.

La vida nos regala unas cartas para ser jugadas. Unas más hermosas, otras menos. Nos regala finos y suaves hilos para tejer encajes que abriguen nuestra alma si se desnuda... Pero siempre, siempre y por siempre...estaremos en las manos de Dios.

FIN

A mi hermana,

Por sostener siempre mi mano.